

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 29 DE OCTUBRE DE 1922

NÚM. 19.888

## EL PRIMER DESGAJE

RECUERDOS SENTIMENTALES DE UN MEDICO, POR MAURICIO BACARISSE

PRODUCTO es de mi temperamento pamposo y sencillo esta insistente y obsesionante remembranza de épocas baladíes y sin jugo de actividad que me retrotrae los años temblorosos de la niñez y de la adolescencia.

Acuden a mi mente adagios y expresiones de mi madre, y la veo cruzar la casa, diligente, arrastrando el trascol de la bata, muy señorial y morena, la dentadura de un ebúrneo immaculado de persona emocionable y susceptible, la garganta siempre ceñida por cintas de raso o terciopelo, las canas precoces, la voz de quinceña.

Se me dibuja mi padre, barbicano y taciturno, pintando los días de fiesta lluviosos, amigo del campo y apegado de noche al domicilio. Ponía la contera a las colaciones con una locuacidad breve y gozosa. Fumaba sólo después de la cena, antes de cantar trozos de ópera italiana y recogerse. Sus corbatas de plastrón no se van de mi memoria.

Vuelve a mí el disfrute del cariño de la criada Ursula, moza y vibrante, y siento en mi sus mejillas con carmín de camuesita y sus ojos claros como el agua hialina y profunda.

Entre las sombras de los tiempos idos tornan a encenderse las lámparas domésticas, y a través de sus pantallas mirificas, de enguinaldadas chinoscos, de kaolines floridos, de muselinas estrelladas, recibo de nuevo aquel prefacio de luz de las veladas preliminares y didácticas de mi vida.

Casi todos los muebles de mi casa eran de caoba, tan bruñida que los puntos luminosos danzaban frente a mí cuando escumaba la mirada por el comedor, a pesar de un globo de porcelana rosa, dulcificador de la claridad, que a su vez hacía de él una naranja descomunal, recién pelada. En las horas de estudio aquellos reflejos sonsacaban mi atención del libro.

La aritmética requería una revisión matutina; con el último bocado me acostaba, y al son de las siete, dando un brinco, ponía en el suelo las ropas de la cama. Con ímpetu de buzo salía del mar ensogado y letárgico, y me chapuzaba con bravura en el modesto caudal de la joia.

En diciembre y enero me complacía en ver encendidas las últimas farolas de la calle, que se apagaban de golpe, y mirar encandiladas las constelaciones de estrellas procaces, que se iban extenuando a medida que dominaba mi lección. Ursula me traía chicharrones o ternera de la noche anterior, y yo comía con voracidad, sin menoscabo para el desayuno, al que honraba después pringando en manteca las tostadas y consumiendo corridamente, con gran escándalo de mi madre, la morena azúcar de melaza.

A las nueve había de estar yo en clase. A un tapabocas inglés a cuadros le con-

fesaba mis temores y le repetía mis más recientes conocimientos, mordisqueándola. Ursula me llevaba al colegio.

Empecé a ir a él a la edad de ocho años, pues mi salud frágil, apoyada por los mimos paternos, no había consentido que fuera antes. Había aprendido a leer y a escribir en castellano y en francés

al cuidado parquísimo de mademoiselle Lina, flácida, gazmoña, suspicaz, que entraba en casa a las once, comiendo castañas furtivamente, y me aburría sólo media hora en coloquio pedagógico con ella.

Mi sensibilidad, desde que cambié los dientes, se exacerbó hasta extremos alarmantes. Cuando mi padre no llegaba

puntual y exactamente a las siete de la tarde, mi desazón y zozobra empavorecían la casa. Siempre sospechaba que debía haber sido víctima de un atropello, accidente que más podía amenazarle. Si al tintinear la campanilla con un golpe jovial y bronceado y salir tras Ursula no le hallaba en el umbral, rompía a llorar, larga y desesperadamente, delante del recién llegado, como si se me hubiera muerto o estuviese en aquel trance cuya cruenta imagen me ahogaba: en la cama de operaciones, sufriendo la primera cura...

Y cada nueva llamada me hería más hondamente con el temor de que fuera un aviso de la Casa de Socorro. Cuando, al fin, su sonrisa roja aparecía en el comedor, en mi pobre y pequeña alma se encendía una pascua alegre y frenética, y mi madre me secaba el llanto con la servilleta pura, un poco rígida y áspera para mis párpados. Ese sabor salado que se siente de mañana ante el mar o cuando se llora, escarabajaba en mis fauces, y comía con mucho apetito, sin avergonzarme de mi miedo, justificado, feliz, no juzgándome curado para la próxima noche.

Aquellas crisis de irritabilidad sentimental desaparecieron con mi entrada en el colegio: la asiduidad y la imitación me distrajeran de mis temores de quedarme huérfano, que era la idea obsesionante que más violentamente me atormentaba.

Todas las mañanas iba con Ursula hasta la calle angosta y frígida del colegio. A la puerta de un molino de chocolate tostaban café, y al ritmo del manubrio salía la humareda sutil y fugitiva. Cuando extendían el grano sobre unas arpilleras, en medio de la calle, se impregnaba ésta de un perfume estimulante, que hacía levantar la cabeza y mirar el pedazo de turquí celeste entre los aleros de oro.

Los días de lluvia me eran poco gratos, porque todo el establecimiento olía a humedad fungosa y antigua, y me desagradaba mucho el servir amarillento del portal, que me rebozaba las botas, y un limpiabarros de alambres, que emitía un ruido impertinente e injurioso.

De los profesores apenas guardo recuerdo. De mis compañeros tengo una memoria vaga y deleznable, en la que nunca me regreo y, reliquia de las primeras clases y los primeros contactos, se posa aún en mi evocación una pesadumbre que atestigua y da cuenta de aquel mi apartamiento desdeñoso y tímido.

En los primeros meses de mi asistencia, unos granujes de la clase anterior a la mía me dieron un empujón por la espalda y me despidieron desde un descansillo escalonies abajo, haciéndome rodar un trazo entero. Me levanté más estupefacto que dolorido, con mayor extrañeza que molimiento y rabia, y me palpé, maravillado, pues creía que cualquier



persona que recorriera tal número de peldaños en tan violenta caída, habría de quebrarse, cual si fuese de vidrio. Sufrí mucho en el colegio; pero aprendí a hacer pajaritas, a estimar en más las cosas, sobre todo ciertos manjares. Empezaron a gustarme, en el buen tiempo, la fresa, y en la invierno, las ostras.

Teniendo doce años, me inscribí con los alumnos que deseaban hacer la primera comunión, amonestado por mi madre, que ya me reprochaba mi abandono por haberla demorado hasta aquella edad.

Cuando, a principios de curso, el director pasó por las clases con un pliego grande entre las manos para apuntar a los que quisieran asistir al curso de Religión, en la iglesia del Evangelista, solicité mi inclusión, tembloroso, emocionado por una honda y vertiginosa responsabilidad que creía yo asumir al comulgar por vez primera.

Durante el año fuimos todos los lunes a dar repase de Catecismo al templo reducido, escalofriante y humilde. Alumnos de un buen colegio laico, entrábamos un tanto retozados; pero se nos helaba el rebullir interior al envolvernos las corrientes de la iglesia, que devanaban sus madejas de aire, sutiles y puras. Nos alineábamos ante don Daniel, que, ceñido por un balandrán, destacaba la negrura de sus ropas de los fríos tonos de los pilares, que se repetían y amortiguaban en perspectivas tras su figura oronda y saludable. Sus manos cruzadas tenían ritmos de bendición, reposados y solemnes. A través de los cristales de sus gafas espejantes hervía una mirada acogedora pero severa e inflexible. Tenía una sonrisa de párroco, sonrisa apretada, rebosante y reventona, como para estar necesariamente cobijada por el bonete de aristas arqueadas, agudas y tajantes.

Daba una palmada suave, y nos arrodillábamos de golpe para rezar un Ave María, dar la lección, decir un Credo, oír otra palmada, ya un poco más fuerte, y salir de dos en dos, dispuestos a hacer tabuluras todo el día.

Cuando se acercaba mayo, caí enfermo, y las fiebres no quisieron que yo hiciera aquel año la primera comunión ni tampoco que me examinara.

El curso siguiente no fué para mí prolongada ocasión para cosechar buenas notas y robustecer la favorable opinión magistral que había merecido manteniéndome siempre entre el segundo y quinto puesto, sino que, por el contrario, en seis o siete meses no dejé de ser el último de mi división o grupo. Me sentía más saltarín y revoltoso en aquella clase cimera y encaramada al cuarto piso de la finca, dominadora del patio estrecho, enarenado y húmedo, desde donde se podía achagar a las vidrieras del refectorio y se dominaban casi todos los tejados de la ciudad, verdinosos o descoloridos, y simpáticas medianerías, que reverberaban, igual que la aventurina, al sol enclenque e invernal. Mi sitio fué, casi todo el curso, un rincón del último banco, junto al último balcón; allí aguantaba el gris que venía por el ventilador inserto en el cristal y contemplaba las innumerables chimeneas que, con su tesura oratoria y rara vez humeantes, fingían amonestar a los gatos aventureros y combatientes.

Tenía por vecinos a dos buenos pejes; Luis Tres, de más edad que yo, era uno de ellos. Me disputaba con tesón el último lugar en las calificaciones, pero éramos buenos amigos, y hablábamos de música, para la cual tenía el singular afición y exclusivas aptitudes. Aparte su disposición lírica, no sabía nada, y desoía, incommovible, las reprimendas. El otro era Roberto Campos, argentino, de tez olivácea, membrudo y fortachón, alumno marginal al que no se pregunta-

ban las lecciones ni se ponían notas; tenía dieciséis años, y representaba veinte. Considerado como indigno de interés, se le trató siempre como a un enojoso e impertinente agregado, como a un desperdicio pedagógico; no le reñían, porque un año antes había golpeado a un profesor. A mí me hacían gracia sus pantomimas satirizadoras de todo cuanto nos enseñaban; me divertía verle sacar flores de sus bolsillos—pensamientos casi siempre—, hacer un rollo con un cuadernillo para remedar un microscopio, y rompiendo los periantos, con un ojo pegado al tubo de papel, proseguir su burla científica, parodia botánica, que aun hoy, evocada, tiene para mí una irresistible virtud hilarante.

Tres y Campos escribían comedias en clase, actividad que me sedujo tanto como el álgebra me fué antipática. Desde

temí volver a caer enfermo por designio providencial, pues me consideraba poco merecedor del pan eucarístico a causa de mi vagancia y fantasía escolares. Se lo comuniqué al párroco una mañana, y me reprendió con gran severidad, rayana en el enojo.

—¿No sabes que la Eucaristía no sólo da salud al alma, sino también al cuerpo?

Estaba don Daniel de pie frente a mí. Su mirada relampagueó como la ígnea espada de un arcángel. Sus labios contraídos sujetaban su sonrisa, de ordinario floreciente. Yo caí de rodillas y le pedí perdón, besándole las manos.

A mediados de abril, mi padre, indulgente con mi mala conducta de colegial y atento al cuido corpóreo, decidió que nos trasladáramos a nuestra casita de Brocales. No íbamos sino en verano; mas como él deseaba tomar unos apuntes, me

teslaban con una melancolía postradora que me hacía llorar.

Entonces, todos los preceptos de mi catecismo de pastas azules se erguían ante mi pobre espíritu desprevenido y, hallándome inerte, me mortificaban con su ostentación rígida, que daba lugar a minuciosas colaciones y corrosivos escrúpulos. Me dolía pecar, y me parecía que era algo que no necesitaba proyecto ni deliberación, que en el hervor de la vida iba bullendo el pecado.

—¿Por qué pecaremos tanto?—dije una noche en Brocales mientras cenábamos—. Mejor sería morir.

Y mi padre me puso en ridículo con zumba, y mi madre me miró asustada, y me dijo:

—El mayor pecado es pensar morir.

De la ventana abierta venía olor de lilas y entraba la luna, espolvoreando su luz, que parecía la causa de tan suave perfume. Yo insistí interiormente: «Para no pecar, no hay más remedio que morir».

Mis inquietudes aumentaban al acercarse la fecha de la primera comunión. Don Daniel quedaba muy complacido de mis confesiones estrictas, y al advertir mi rebusca de pecadillos veniales, gozaba e insistía en que debía darles caza con aquel ahínco de pequeño buen cristiano, que tan bien y tan pronto apuntaba en mi recogimiento.

Las niñas de un colegio de monjas ursulinas que estaba próximo a la iglesia del Evangelista hubieron de hacer la primera comunión el mismo día que nosotros: el último de mayo.

Fué grande mi sorpresa cuando una mañana, recién venido de Brocales, y tras breve estancia en clase, fui con los compañeros a la iglesia y vimos las cinco primeras filas de los bancos de la derecha ocupadas por chicas, vestidas con colorines irrisorios, sin uniforme, unas con sombreros, otras con velillos. Nos disgustó a los muchachos tal intromisión femenina en nuestros ejercicios religiosos, y empezamos a criticar sus vestidos y a imaginar contra ellas más de una perrería.

Con toda franqueza he de confesar que la presencia de las mozas no me plugo; mas me contuve en el intento de llevar la chacota que mis compañeros sostenían a su costa, en voz baja y con sordina, hasta los extremos de la burla y de la jugarreta. Me pareció exento de la delicadeza que tenía por norma. Y la idea del pecado malogró en mí la germinación de la mofa. Salió la misa.

La iglesia, grisácea y fría en invierno, tenía tonos más tiernos y calientes en sus moles de piedra. El sol de mayo vibraba, sereno, a través de la vidriera del rosetón, y los cristales cobraban una alegría vivaz, reciente y elevadora, enardecidos por la luz divina que temblaba en la figura de Jesús, enternecedora silueta engastada en la red de plomo que nos bendecía desde lo alto y sacramentaba la polícrómia. La nave, con su fondo de dulces conciencias prosternadas, yacía alanceada por los haces de mil colores que caían en las sillas de bruñido respaldo y limpia anea. En las cabezas de las muchachitas temblaban reflejos irisados. Llegada la lectura del Canon, seducido por el halo de la luz, aparté los ojos de la casulla florecida, y vi entre las niñas una que recibía en el rostro levantado los rayos multicolores. Estaba vestida de azul marino; su cabello oscuro aprisionaba los matices verdes, morados, rojos, que bajaban del rosetón. Sus ojos entornados sombreaban la faz con las líneas de sus pestañas, grandes y dormidas. La miré una vez; después otra, y luego muchas. Cuando el sacerdote nos dió la bendición en un gesto pausado, no pude quitar los ojos de su figura de niña gentil y morena. Acabada la misa, don Daniel no nos



las tres de la tarde mi atención se concentraba en la sombra que invadía diagonalmente la medianería fronteriza, en la que campeaba, pintado con carbón, un monigote absurdo, obra de algún albañil o deshollinador chanceros. En aquellas tardes hice mis primeros versos, que fueron una rudimentaria epopeya de los michos que ambulaban por los tejados, una gatomaquia en embrión. El maestro me castigaba al verme contar las sílabas con los dedos maculados de tinta violeta.

Me reconcomía una poderosa curiosidad por saber lo que albergaban dentro de sí las personas, el secreto de su mecanismo; me pirraba por el teatro; pero era mayor mi inclinación por la fisiología, única disciplina que anhelaba estudiar. Abominaba de las matemáticas, del latín y del francés.

No menguó mi devoción, empero, ni mi buen comportamiento en la preparación religiosa, que con pulcro esmero llevaba a cabo don Daniel, el cual me estimaba mucho y veló siempre por la conservación de mis fervores. Al llegar la primavera,

regaló con un anticipo de vida sana, aire y luz, compatible con mis estudios. Nos levantábamos a las siete de la mañana, corríamos a tomar el tren, que en diez minutos nos dejaba en la ciudad, y por la ancha avenida de plátanos nos introducíamos en las calles, donde flotaba un polvillo azul y se zarandeaban las telarañas luminosas bajo el chirriar de los vencejos. Por las tardes, salía corriendo de clase, por entre los barquilleros y vendedoras de tortas de manteca que ponían sitio a la puerta del colegio, y me disparaba hacia la estación, engullendo un bollo en mi carrera.

Sentí por aquella época cómo todo mi sér cambiaba, tal cual si algo se me hubiera injertado en los entresijos y notase una granazón interna. Algunas veces, estudiando, se incendiaban sin causa mis mejillas; otras, el asiento me era intolerable y, echando los libros por alto, atravesaba el jardín, florido de lilas, vociferando de una manera inarmónica y salvaje. Una fragancia, un vuelo, un matiz del atardecer me sorprendían y me ames-

despidió. En vez de dar su palmada habitual, deshojó su sonrisa en dirección de las mozas. Del órgano brotó una nota solitaria, iniciadora; insinuante, que aún parece retorcerse en mi corazón. Y las niñas entonaron a coro una dulce canción al Espíritu Santo. La melodía conjugaba las cristalinas y simples voces, henchidas de arroamiento y fe, a las notas de los tubos sonoros, que las aprisionaban en su oquedad persuasiva y socarrona.

Me asaltó la idea de que había pecado mortalmente al apartar la vista del altar y ponerla en aquella criatura del pelo suelto, que parecía un poco mayor que las otras y que yo. Me mordí los labios de desesperación, abriéndomelos. Después, arrullado por la música, que me aupaba hasta el Señor, deslumbrado por la luminosidad infatigable, me juzgué digno de tan grata religión y tan grande beneficio.

En cuanto llegué al colegio, al abrir el cuaderno de los problemas, en lugar de las ecuaciones, vi a una zagallita como de catorce años, vestida de azul, con el pelo suelto y los ojos entornados.

A las seis, esperé a mi padre en la estación para tomar el tren que nos llevara a Brocales. Nunca había estimado tan hermosa la frondosidad de los plátanos ni la limpidez del cielo. Me senté en un banco de listones, y, al cruzar las piernas, me desagradó de modo inesperado llevar calzón corto y medias de lana. Cuando llegó mi padre, apenas le dí las buenas tardes. En el vagón, adherido al respaldo, apoyada la coronilla en la madera, busmé el aire festivo, aromado, que con su tupidéz vernal me enajenaba, disolviendo mi atención en las cosas. Alternaba el sentido de la oblicuidad de los hilos telegráficos cual si fueran pentágramas dotados de un movimiento insensato. Las filas de abalorios blancos y rojos que bordeaban la vía, desarrollaban una cinta interminable. El convoy palpitaba, enardecido, aguijonado por el sol, tábano de múltiples alas.

El viaje era corto. Ocho minutos. Mi padre y yo, en silencio, de cara al arbol solar, íbamos por la angosta vereda, a través los trigales que separaban la estación de nuestra casita. La mies verde undulaba, imponente y gloriosa, y yo tenía en mi pensamiento algo que me embargaba y me seducía.

Estuve embobado mientras cenábamos. Mi madre sorprendió mi pasmo ante un almanaque de tienda, que representaba a una niña bonita, con el pelo suelto y la boca a medio abrir.

—¿Qué miras, niño?

—Ya se acerca la fecha de la primera comunión—repuse, y fué para mí un lanceazo tener que mentir, disimulando mi mirada, que estaba presa por el cromó y no por el taco. Para soslayar toda interrogación, supliqué:

—Papá, ¿quieres hacerme el favor de echarme dos deditos de vino?

Mi madre intervino.

—Ya has bebido tu ración. El beber también es pecado.

Algo apreté duramente mi pobre corazón. Me acosté muy pronto. Recé un Ave-maria. Luego, me propuse rezar siete. Cuando los hube terminado, sentí haberlos dicho con poco fervor y atropelladamente. Intenté volverlos a rezar; pero me asaltó el sueño, y quedé de rodillas al pie de la cama, de bruce en el embozo. Cuando mi madre entró a darme un beso, tuvo que desnudarme.

Era la víspera de la primera comunión. Nos eximieron de asistir a clase por la tarde. A las tres llegamos a la iglesia, toda embalsamada de sol. Don Daniel, el párroco, y don Benito, el teniente, nos esperaban, cubiertos de sus suaves sobre-

pellices, tocados de sus bonetes de erizadas borlas. Nos confesaron a todos. A mí, el teniente. Don Benito era un sacerdote de aventajada estatura, cenceño y de salientes pómulos. Le complacía mi fe y mi escudriñadora persecución de pecados, y creo que, como don Daniel, abrigaba esperanzas de que cedería a una supuesta y recóndita vocación eclesiástica y me inclinara a las disciplinas del sacerdocio. Mi confesión fué larga, porque no quise omitir malas contestaciones, ni pecados de golosina, ni hurtos de plumas en clase. Su penitencia fué benévola.

Después, hubimos de escuchar la plática de un magistral predicador que nos preparaba y que nos dió la última conferencia. De ella recuerdo una anécdota, que hizo honda mella en mi alma: «Preguntaron a Napoleón el grande, en el esplendor de su gloria, cuál había sido el

de palo un mandoble en las costillas, que dió con su dilatado colodrillo en el borde de los pupitres.

Aquello había yo de confesarlo. Solicité de don Benito nuevo expurgo de conciencia, pensando que el Señor estaría aún enojado conmigo por el daño hecho al cabezón, y él me relegó para después que confesara a todas las muchachuelas, mandándome a la sacristía a que doblara paños de altar en compañía de los monacillos. La luz rodaba en las argentinas palmatorias sobre las mesas de ébano. Una puerta se abrió a un jardincito, y de su dintel caían las enredaderas sin lograr encubrir la aparición tentadora de un pozo ingenuo de cantarina polea.

—¿Quién me da de beber?—cantó una voz de zagala.

Me flaquearon las piernas. Era ella, con quien yo soñaba, quien estaba delan-

—¡Vaya un vaso! Eso sé yo hacerlo también.

Entre mis pobres dedos rosa, el agua presa la tentó, y puso sus mejillas ardorosas en mis manos para beber; pero mis falanges, en vez de unirse más, debieron dejar algún resquicio, y el líquido se escurrió como entre los mimbres de un cestillo.

—¿Qué tonto eres! ¿Por qué no juntas bien las manos?—me dijo.

Bebió ella en las palmas de las suyas, y quedó un poco avergonzado. Sobre el pozo había una higuera de follaje oscuro y grave. El cielo adquiría una claridad azul cristalina e inefable. La tarde era bochornosa.

Cuando terminó de beber, me preguntó:

—¿Por qué te has quedado aquí si ya os habéis confesado?

—Porque tengo que confesarme otra vez.

Sonrió, extrañada, mostrándome los dientes blancos.

—Tendrás que esperar. Nosotras no acabamos tan pronto.

—Esperaré.

—¡Hace una tarde tan hermosa que deberías ir a correr por ahí!

—Me han quedado cosas que confesar.

—¡Déjalas! ¡Hace una tarde muy buena.

Un insecto zumbaba en el diminuto jardín. El calor era excesivo.

—Me vuelvo. Me echarán de menos las hermanas.

—Oye: ¿me quieres decir cómo te llamas?—me atreví a preguntar.

—Yo, Tulia.

—¿Cómo?

—Tulia. ¿Y tú?

—Yo, Angel.

Tan bella me pareció la tarde, que hice lo que Tulia me dijo; no confesé y me bañé en la luz del sol y en mi alegría.

Cuando tomamos el tren para ir a Brocales, gigantescos cúmulos blancos anunciaban tormenta sobre la ciudad repantigada. Sentí un hondo, un horrible remordimiento al encontrarme en el tren sin haber confesado, puesta la mente en los ojos, en los dientes, en el pelo de Tulia. Toda la noche me revolví en el lecho, anhelante y temeroso. Concilié el sueño muy tarde. De madrugada, me despertó un trueno formidable, teatral, amenazador, que me llenó de espanto. ¡Mi pobre alma infantil no estaba en gracia del cielo, y su cólera, si viniera a fulminarme, me sumiría en los horrendos e irremediables castigos!

Pensé en la Virgen, y vi a Tulia, y dije: «Ella tiene la culpa».

Me despertaron poco después de amanecer. Sentía escalofríos, un pavor cervical y un apetito inaguantable. Me vestí con un traje nuevo azul, envanecido de mis botas de charol, y paseé por las avenidas, salpicadas de rosas. La lluvia de la noche perlaba el follaje e inundaba a la arena del jardín una virtud acariciante y silenciosa. Los trigales se agitaban con una santa blandura, sarpuídos de amapolas. Las margaritas candorosas extendían sus niveos ramalazos en la fresca palpitante de las praderas. El cielo estaba aún gris. Un cuclillo inició: —Bu-bu-bu.

No se movía una hoja. La Naturaleza entera escuchaba el balbuceo del ave.

—Bu-bu-bu.

Le respondió otro. Un tercer cuclillo mezcló sus notas de flauta a las anteriores. Yo pensaba mucho más en Tulia que en otra cosa cualquiera, y el encanto de su evocación se acibaraba con la monstruosidad de postergar pensamientos más religiosos en aquel día immaculado y eucarístico.

Llegamos a la ciudad, y en casa me pusieron en una manga, un lazo de moaré blanco, bordado de oro. Fuimos a la ige-



día más feliz de su existencia; recapacitó el emperador, y, apartando sus victorias y triunfos, dijo, firme y resuelto: El día de mi primera comunión».

A las cuatro y media, con gran rumor y cuchicheo, llegaron las niñas con dos monjas. Don Daniel inquirió si nos hallábamos descargados de toda falta, sin dejar de recordarnos que los mozalbetes que comulgaban no estando en gracia caían fulminados por el fuego divino ante el santo altar.

Recorrí rápidamente mi aseada conciencia, y advertí haber olvidado una de las pocas pendeencias sostenidas en el colegio. Fué un día en que quedamos castigados un compañero y yo. Estábamos solos, y como hacía burla de mí, le insulté llamándole cabezota, denominación que le molestaba sobremedera por tener el cráneo asaz desarrollado. Después de algunas fintas, me dió un sonoro papirotazo en un carrillo, y yo, blandiendo una larga regla que utilizábamos para trazar figuras geométricas en el encerado, le descargué con aquella Durindaina

te, sonriente, vestida de clarín cruco, con los brazos descubiertos hasta el codo. No supe decir nada. Los monagos no la hicieron caso alguno.

No podía pronunciar palabra, pero acerté a señalar el pozo. Con celeridad y desparpajo levantó ella las tablas y comenzó a tirar de la maroma de esparto, asíéndola muy arriba. La ayudé a subir el cubo, que pesaba bastante, y a dejarle en el brocal.

—Me muero de sed—me dijo, clavándome los ojos azules, de un azul de flor de escabiosa, aunque a distancia parecían negros. Los brazos, de ámbra pálido, se cruzaron en su nuca al sacudir, sofocada, la mata de pelo, negra a lo lejos, de cerca color castaño.

—¿Y con qué bebemos?—me preguntó, riendo.

Aunque me temblaban las manos, incliné el cubo, y en el raudal que se vertía me las lavé como mejor pude. Luego, haciendo con ellas un doble cuenco, aprisioné el agua clara y se la ofrecí a la sedienta, que se rió de mí.

sia en coche. La calle estaba agitada por gritos de vendedores. En el pequeño atrio del Evangelista formaban grupos las familias de los catecúmenos.

Yo no podía comulgar. No estaba en gracia de Dios. Me dieron un cirio ardiente, que me salpicó los guantes. Nada veía. Quería confesar algo tremendo. Entramos en la iglesia con cruz alzada, al son del órgano y del coro, que deliraba melodías. Delante de nosotros, las chicas, vestidas de blanco, enguainadas de celindas de seda las frentes, nos precedían con un rumor muy tenue de tules flotantes y alientos contenidos. No quise mirarlas.

El teniente preguntó si alguno de nosotros deseaba confesarse. Yo me destacué, solo, único. Y pasé con él a la sacristía. El miedo me hacía trasudar. Los lampadarios de bronce giraban en mi torno con la velocidad que infunde el vértigo. Allí estaba don Daniel, el párroco. Me preguntó si tenía alguna falta que revelar, y le dije aquellas cuatro o cinco que había rebañado en mi conciencia la tarde de la víspera.

—Tengo que confesar un pecado más grave, padre mío—añadí.

—Mucho me extraña. Tu preparación ha sido un modelo. Dímelo, que el Señor es indulgente, y tú estás en su amor.

Yo tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Acúsame de no haber pensado en Él, en Jesús, todo el tiempo que debí.

—Yo te absuelvo en gracia a la devoción que has mostrado. El Señor va a ser contigo, y nunca se separará de ti.

—Yo no dejo de pensar en algo, padre mío, que no sé si es un pecado.

Se frunció su entrecejo, y preguntóme:

—¿En qué piensas?

—Pienso... ¡No puedo decirlo!

—El Sacramento te espera.

—Pienso en... una niña..., en Tulia.

—¿En Tulia Fontana?

Aunque estaba hablando con Dios se me incendió todo mi ser de rubor. Don Daniel me miró, colérico.

—¿Es pecado, verdad?—pregunté.

—Ahora, sí—me dijo.

Respuesta glacial y horrible.

No pude comprender entonces por qué sus ojos fulguraban tan iracundos. Cumplí mi penitencia y, haciendo un gran esfuerzo para no mirar a Tulia, recibí el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor.

A pesar de la violencia con que se me prohibió recrearme en el pensamiento que tan dulcemente rebullía en mí, yo fui tan feliz como Napoleón lo fuera en tan fausto y candoroso día. La melodía del órgano, el olor del incienso y de las rosas, dieron también su eucaristía a mis sentidos, como Jesús a mi tierna alma.

A las once acabó la ceremonia. Chicas y chicos fuimos a nuestro colegio a tomar el desayuno. A los muchachos nos pusieron en las salas del gimnasio abiertas al patio, todas de cal y desamparo. A las niñas les sirvieron el chocolate en los salones de la dirección. Veíamos sus vaporosas siluetas pasar ante los balcones bajos, mientras honrábamos el soconusco y los mojicones.

Después, el patio del recreo, alharaguento de ordinario por los empujones de la olla y los sobresaltos del dao o el tin, quedó embargado de empaque y almidonamiento. Pero en mi alma una emoción desconocida hilaba hebras que se me antojaban deber ser interminables.

Cuando Tulia se apoyó en la barandilla y me dijo que la esperara, yo era más feliz que Bonaparte en igual día. Su blanca figura bajó las escaleras como la de una desposada; me miraron sus ojos azules, claros y acariciadores, y, tras el velo blanco, su sonrisa me arrebató la voluntad, flor del óvalo ambarino de su rostro, curva y ámbar de una madona de Andrea



del Sarto. Nos asimos las manos, tan fuertemente que nos rompimos los guantes.

Después, la pregunté:

—Yo quiero verte a menudo, Tulia.

—¿Para qué?

—Es que quisiera decirte...

—No me digas nada.

Las dos flores de escabiosa de sus pupilas estaban quietas, fijas, y sus labios abiertos eran un privilegio único.

—Es que yo...—quise empezar.

—Yo también—me repuso.

Y desapareció, escaleras arriba.

Tulia y yo fuimos novios como es posible en esa temprana edad, sonriéndonos desde lejos y tirándonos las cartas, escritas con lápiz, hechas una pelotilla. Mas indudablemente fué un pecado amarla, desviar los ojos del altar mayor para po-

nerlos en ella, pues hubo siempre un impedimento providencial que tendió a separarnos, y la mirada fulgurante de don Daniel se me ha venido a las mientes siempre que he devanado mis encañeros y mis esperanzas de dicha. Aquella inexorable actitud me ha hecho llegar a creer que mi blanco amor era un amor sacrilego y contra la voluntad de Dios, y así he soportado con resignación la pena de separarme de Tulia y de perderla. Mi tardía primera comunión ha sido la única.

No me ha abandonado la fe, pero ha huido de mí la tranquilidad; si me volviera a apoyar en el comulgatorio, me asaltarían los mismos temores de aquel lejano día, acrecentados y henchidos por esta pasión por Tulia, que por ser imposible no deja de estar menos latente.

Murió mi madre, murió mi padre. Ursula se casó en su pueblo. Estoy casi solo en esta ciudad, en donde acabo de terminar la carrera de Medicina. Desde la plaza de San Miguel, donde vivo con mi tío, salgo frente a San Pablo y entro los días buenos en San Gregorio. Me halaga ver sus gárgolas monstruosas e insolentes. ¿Por qué amortiguará la melancolía el espectáculo de las cosas feas y deformes? Después, por las callejas cercanas a San Martín, compuestas de casas equívocas, voy a la Facultad, pasando por la Audiencia, donde una vez vi entrar a una señorita con velo y devocionario, morena, de ojos azules, hija del presidente y semejante a la imagen que yo me forjo ahora de Tulia.

¿Cómo estará? ¿Será feliz? Cuando hace ya tres años leí en un periódico de la corte que se casaba, estuve enfermo varios días a causa de la impresión; pero hoy, ya persuadido de que tiene que ser así, de que no puede ser de otra manera, porque el Arcángel del Paraíso no lo quiere, voy caminando por estas callejuelas ambiguas, en cuyos balcones voladizos asoman polvorientas colgaduras de neps y cabezas despeinadas y lastimosas.

Se ha casado Tulia, la que me amaba. Se casó hace tres años. ¿Será feliz?

Voy a misa a San Pablo todos los domingos. Al ver tomar la comunión a los fieles siento una gran pesadumbre, porque el amor de Tulia, malogrado y prohibido, no me ha quitado el amor a Dios, pero sí todo amor y cuidado por mi alma. Tengo un sutil recordatorio de cartulina, que beso muchas veces. Dicen las letras doradas:

RECUERDO  
DE LA PRIMERA COMUNIÓN  
DE  
TULIA FONTANA  
Y ARCOS  
hecha en la parroquia  
del Evangelista  
el 31 de Mayo de 1899,  
día de Nuestra  
Señora del Amor  
Hermoso.

Mi temperamento pamposo y mi carácter sencillo sufren horrible y sosegadamente. No creo que mi mal tenga remedio en la muerte. Cuando en las salas del Hospital veo un cadáver; cuando en el templo en el Museo la momia de Gaspar Becerra, sonrío y vuelvo a sonreír, porque tengo la convicción de que nunca he podido el hombre descubrir la más burda de las hebras de la vida y del destino.

Mauricio BACARISSE

Ilustraciones de BARTOLOZZI.

## EL PRINCIPADO DEL GENIO

Yo he cruzado las tierras que recorre el Guadiana, a la luz de una luna menguante y castellana, luna que era una hoz en la que vi las huellas de haber segado arriba muchos haces de estrellas, luna de encantamiento en la paz del camino, luna incompleta, igual que el yelmo de Mambriano.

Era noche de estío. Se alzaban de las vegas, volando como alondras, las brisas nocherniegas, y en la balsa del río, de los astros espejo, mil reverberaciones temblaban de oro viejo.

Volteaban, sonoras, las aspas de un molino como mástiles o alas de algún cóndor andino, y en la venta cercana cantaba gente arriera... ¡Y pensé en doña Aldonza y en doña Molineral!

He cruzado las tierras de amor y de hidalguía, y he visto que aún mi patria tiene allí su behetría: que cuando se hundió todo, quedó un firme baluarte. —Quijano—allá en las cimas donde lo puso el arte.

El arte, que, por obra de un milagro de amor, donar suele al vasallo lo que niega al señor, que consigue que un libro viva más que un coloso y trueca en fuertes muros las bardas de El Toboso.

Yo he cruzado las tierras que recorre el Guadiana, a la luz de una luna menguante y castellana,

Miguel de CASTRO

# LAS OREJAS DE BURRO

ÉRANSE un rey y una reina que se llevaban muy mal porque no tenían hijos, y el rey, furioso y desesperado, se pasaba el tiempo recriminando a su mujer, que a su vez se pasaba la existencia llorando y gimiendo.

—¿Quién me sucederá en el trono cuando yo me muera?—decía el monarca, corriendo.

Y un día llegó al extremo de amenazar a la pobre reina con estas palabras:

—Como dentro de un año no tengamos un hijo a quien yo pueda más tarde dejar mi trono, o una hija, para dejárselo a mi futuro yerno, te echaré del palacio y me casaré con otra princesa.

Al oír esto, la desdichada soberana se fué al jardín sollozando. De pronto, sin saber de dónde venía, vió a un vejete muy chiquitillo, con una joroba en la espalda y otra en el pecho, y unos pies descomunales.

—Triste os hallo, Majestad—dijo el viejecillo, quitándose su chambergo, adornado con un plumacho raquítico y pelado—. Mucho me alegraría aliviar vuestra pena.

—Gracias—contestó la reina, encogiéndose ligeramente de hombros—; no te molestes, que nada puedes hacer por mí.

—Confíadme al menos la causa de vuestras lágrimas—insistió el vejete.

La reina no pudo contener un sollozo.

—El rey ha jurado echarme del palacio si no tengo un hijo dentro de un año!—exclamó llevando a sus ojos su pañuelo de encajes.

—¡Bah! ¿Y esto es todo? No os apuréis y seguid mis consejos, que yo soy el mago Mirmidonecete y lo puedo todo. Buscad el manzano más pequeño de vuestro vergel y coged su fruta más menuda, más arrugada y más oculta. Con un cuchillo de cristal el rey la partirá, hallando en medio dos pipas, que comáis, una cada uno, y dentro de un año, palabra de Mirmidonecete, tendréis una hija.

Atónita, la reina quiso darle las gracias, pero ya no vió a nadie. Tan sólo llegó a sus oídos una gran carcajada estridente y burlona.

Corrió al vergel y empezó a medir todos los manzanos. A medida que iba andando, iba encontrando uno más pequeño que el anterior. Ya llevaba medidos más de quinientos y empezaba a desesperarse, cuando encontró uno que apenas media cincuenta centímetros.

Decididamente era el más pequeño de todos, y la reina se agachó para coger la fruta indicada. Pero, ¡oh rabia!, aquel manzano no tenía fruta.

—El mago se ha burlado de mí. Buena tonta he sido en hacerle caso—pensó la reina, despechada.

Corriendo volvía al palacio, cuando sus pies tropezaron en algo. Se agachó, y vió que eran unas manzanas del tamaño de nueces y que colgaban de las ramas de un manzano tan sumamente diminuto que apenas se le veía.

Había tres manzanitas, y las tres eran idénticas. Sin embargo, apartando aquellas ramas enanas, la soberana vió una cuarta manzana, realmente microscópica, arrugada y oculta por un grueso cardo.

Cogerla, llevársela al palacio, presentársela al rey sobre un plato de oro, darle un cuchillo de cristal y referirle toda la historia, fué para la reina cosa de un momento.

El rey empezó por enfadarse, creyendo que se burlaba de él con aquel cuento tártaro. Luego, se indignó por su credulidad. Después, no pudo por menos de reírse, a pesar de su mal humor, y, final-

mente, acabó por ceder al singular capricho de su esposa, pues él no creía en tales sandeces.

Con el cuchillito de cristal abrió la horrible manzana. Dentro había dos gruesas pipas. El rey entregó una a la reina y se tomó la otra, como una píldora, con un traguito de vino de Champán.

Al año justo de estos acontecimientos, los reyes tuvieron una hija; pero, ¡ay!, no fué cosa de alegrarse, pues resultó que la princesita era un verdadero monstruo

viejecita temblorosa y curvada, apoyada sobre un nudoso bastón.

—El oro y la grandeza no dan la felicidad, ¿verdad?—dijo la vieja.

—¿Cuán verdad es eso!—exclamó la pobre reina—. Tal como me ves, envidio tu suerte.

—Como que si estuvierais en mi lugar no pasaríais penas—contestó la vieja con seguridad.

—¿Quién eres, pues?

—Soy la bruja Kikiripota, y lo sé todo.

Aquel mismo día la reina se puso en campaña, y empezó a recorrer todo el país de arriba abajo, preguntando a todos los campesinos cuántos borriquitos había tenido su burra. Todos le contestaban qué uno, como era natural. Al fin, la reina llegó a un pueblo donde había gran agitación porque una burra había tenido cuatro borricos a la vez. La soberana se acercó, y ahogó un grito de alegría al ver que uno de ellos tenía una pezuña blanca. En seguida ordeñó la burra en una taza de oro que traía y volvió corriendo al palacio.

Tan pronto como la princesita bebió aquella leche maravillosa, se transformó: sus ojos se agrandaron, su nariz se achicó, su piel se clareó, y a los diez minutos se había vuelto una belleza consumada, divina.

La reina ya lloraba de alegría, cuando la nodriza, que asistía a la operación, lanzó un grito de horror: ¡a la princesita le habían crecido orejas de burro!

Pasado el primer momento de sorpresa, la soberana resolvió guardar la cosa en secreto. Prohibió a la nodriza, bajo pena de muerte, que jamás se lo dijese a nadie. Luego, cubrió los rubios cabellos y las descomunales orejas de la princesa con un lindo gorro de tul, adornado con cintas, encajes, hilos de perlas y rosas de Pitiminí, y la presentó al rey, quien se mostró estupefacto y encantado con la transformación, y se reconcilió en el acto con su esposa, mujer tan sabia que hasta milagros realizaba.

La dicha renació en el palacio. Toda la corte se hacía lenguas de la belleza de Su Alteza, y los reyes preparaban ya una lista de invitaciones para la fiesta suntuosa en que sería presentada a los príncipes de los países vecinos.

Pero un día, a pesar de todas las precauciones, el rey se enteró del horrible secreto. ¿Cómo? ¿Por quién? ¿Por la nodriza, demasiado charlatana? ¿Por algún paje curioso que deslizase una mirada por el ojo de la cerradura de Deseada? ¿Por el aire? Lo ignora. Acaso fuese por las mismas paredes; ya que, según se dice, tienen oídos, no tendría nada de particular que también tuviesen lengua para contar lo que oyen.

El caso es que el rey, pálido de sorpresa y de ira, se precipitó a las habitaciones de su hija, le arrancó el lindo gorrito y, viendo aquellas horribles orejas de burro, gritó:

—¡Fuera, monstruo! Sal ahora mismo, y no vuelvas a deshonrar mi palacio con tu presencia.

La pobre Deseada, aterrada y llorosa, huyó corriendo por el campo, y no se detuvo mas que cuando el cansancio llegó a rendirla. Entonces se tumbó al pie de un árbol, y se quedó dormida.

Al despertarse, vió ante ella a un borriquito que la miraba cariñosamente; era muy mono y tenía una pezuña blanca, pues era precisamente el hijo de la burra a cuya leche debía ella su belleza y sus orejas descomunales.

La princesita era tan joven, que la vista del animal casi la consoló de sus desdichas. Precisamente el borriquito se arrojaba ante ella como invitándola a montar, y la princesita no vaciló en aceptar tan amable invitación.

Apenas la sintió sobre su lomo, el burro emprendió una carrera tan vertiginosa, que Deseada, asustada, se hubiera caído de no haberse agarrado con toda su alma a aquellas orejas, hermanas gemelas, ¡ay!, de las suyas.



de fealdad, con ojos tan pequeños que parecían botones de bota, una nariz enorme y la piel negruzca.

Los reyes, más desesperados que antes, y horrorizados ante aquel loro, la alojaron en una habitación apartada del palacio, abandonándola a los cuidados de la nodriza.

Y un día, el rey llamó a su esposa y le dijo:

—Ya comprenderás que esa hija o nada es lo mismo, pues, a pesar de todos nuestros millones, no hay príncipe en el mundo que pueda consentir en casarse con ella. Por lo tanto, sigo sin sucesor al trono. Arréglatelas como puedas; pero si al cumplir los quince años nuestra hija no se ha vuelto tan guapa como fea es ahora, os echaré del palacio a las dos.

¡Pobre reina! De nuevo se fué a pasear al jardín. Al poco rato vió llegar a una

Sé lo que te aflige, y en mi mano está el remediarlo.

—¿Pero es posible? ¿Tú puedes hacer que mi hija se vuelva bella?—exclamó la reina.

—Sí; con una condición, pues mi poder no es suficiente para destruir por completo la obra de Mirmidonecete. La cara de la princesa se volverá preciosa, pero será a costa de una deformidad.

—¿Cuál?

—No os lo puedo revelar. Habéis de aceptar o rechazar mi proposición sin saberlo.

La reina aceptó.

—Buscad—le dijo Kikiripota—la burra que más borriquitos haya tenido en el año. De estos borriquitos, uno habrá de tener una pezuña blanca. Ordeñad vos misma la tal burra y dad de beber a la princesa una taza de esta leche.

Cuando, al fin, el burro se paró y la princesa pudo apearse, miró en torno suyo y quedó estupefacta: estaba rodeada de burros vestidos como personas, que parecían discutir animadamente, presididos por un burro mayor que los otros y majestuosamente sentado sobre un trono, con un cardo de oro en la mano a modo de cetro. Deseada se hallaba en el país de los burros.

El borriquito de la pezuña blanca cogió a Deseada de la mano y la llevó ante el rey, que lanzó un «¡hin, han!» de sorpresa al verla, otro «¡hin, han!» de alegría al fijarse en sus orejas, un tercer «¡hin, han!» para imponer silencio a sus súbditos, y luego le habló en esta forma:

—Esas orejas que llevas, joven descomocida, ya comprenderás que no te pertenecen. El mago Mirmidoncete y la bruja Kikiripoteta, puestos de acuerdo, sin dudar, para gastar una broma de tan mal gusto, te adornaron con preciosas orejas de burro, mientras desfiguraban a mi hijo Borriquete con horribles orejas de mujer. Supongo que no te resistirás a devolvernos esas orejas a cambio de las tuyas.

—¡Al contrario! ¡Tendré mucho gusto! contestó la princesa sin vacilar.

En vista de ello, el rey de los burros

mandó llamar al sabio cirujano de la corte, maese Asinus, quien despegó cuidadosamente las enormes orejas de la princesa y las chiquitinas del príncipe Borriquete, y operó el cambio sin dolor para nadie.

¡Juzgad de la alegría de la princesita cuando se vió libre de aquel adorno intempestivo y provista de un par de orejitas tan menudas y sonrosaditas, que parecían conchas de nácar!

Montada sobre el borrico de la pezuña blanca, volvió al palacio en un periquete. Su llegada fué acogida con grandes muestras de alegría por todo el mundo, y más por su madre, y más todavía por su padre, que se arrepentía amargamente de su injusta crueldad.

Y tan bella estaba ahora la princesita Deseada, que en la primera fiesta de palacio se enamoraron de ella hasta ocho príncipes, y pudo escoger marido a su gusto.

Y vivieron todos muy felices, en particular el borriquito de la pezuña blanca, que siguió en palacio; tratado con todos los honores y alojado en una cuadra, que parecía un estuche para joyas, de bonita y mullida que era.

PINOCHO

Dibujo de BARTOLOZZI.

## IMPOSIBLE DORMIR...

NADA; imposible dormir... ¡Menuda juerga se trae mi vecinito!... Cuando no arrastra una silla, grita que se las pela, si no es que simultanea ambas ruidosas manifestaciones.

¡Y aun si fuera él solo!... Pero es el caso—lo peor del caso—que a Pepín le hace dño su papá, un capitán de Infantería que instruye al nene en el servicio de las armas.

—¡Firmes!... ¡En su lugar!... ¡Al hombre!... ¡March!... ¡Bravo, Pepín!... ¡Bien por los valientes!...

Y el chico, henchido de bélico entusiasmo, responde con uno o varios tararías agudísimos, que destrozan mis pobres tímpanos.

Acontece también, de vez en cuando, que Pepín da con su minúscula humanidad en el santo suelo o con su cabecita contra un mueble, y entonces son de oír—de no oír, diría yo—los berridos del mocete y las protestas de su madre.

—¿Lo ves, Pepín? Te está bien empleado por desobediencia. Te he dicho mil veces que no corras así, que no seas loco...

Y luego, con ternura inefable:

—¿Te has hecho mucho daño, hijo mío? ¡Bah!... No es nada: un chichoncito tonto. ¡Pícaro mesa! ¡Pégala, por mala!...

Y el chico, vengativo y feroz, la emprende a palos con la inconsciente causa de su desventura.

No sé yo quien ponga en tela de juicio el singular encanto de estas escenas hogareñas; pero sí afirmo que no ha sido él, o, mejor dicho, la perspectiva de él, suficiente parte para decidirme a arrostrar las gravísimas responsabilidades y aceptar los tremendos compromisos que consigo lleva la respetable y por mí muy respetada jerarquía de padre de familia.

¿Que soy un egoísta? Lo confieso. Y añadiré que, ante todo y sobre todo, he procurado vivir siempre lo mejor posible, sin preocupaciones ni quebraderos de cabeza. Creo firmemente que las monadas de un chiquitín—del más gracioso de todos los chiquitines nacidos y por nacer—no compensan al padre más contentadizo de los malos ratos que le acarrearán un simple dolorcillo de barriga del orro o no poderle mercar unos zapatos.

Esta es la verdadera causa de mi consecuente celibato. No he de disfrazarla

hipócritamente con pesimismo trasnochado ni teorías pseudomalthusianas.

Yo soy un optimista. Yo creo que la vida es buena, y grata, y apetecible. Claro está que yo almuerzo todos los días y ceno todas las noches; que paseo si me apetece y duermo cuando...

¿Dormir dijiste? ¡Dios me lo hiciera bueno!... Hasta poco ha, era yo hombre dormido apenas acostado; pero ¡ahora!... Ahora, los gritos de Pepín y sus barrabasadas no me dejan pegar ojo.

No para el rapacín hasta bien pasada la media noche. Y yo que, como el hidalgo manchego, soy, no amigo de la caza precisamente, pero sí gran madrugador, suelo zambullirme entre sábanas a punto de las diez. ¡Y desdichado de mi cuando desde un principio no logro coger el sueño! Ya me tenéis desvelado para toda la noche.

Así llevo no sé cuántas. ¡Y para esto, Dios mío, me he defendido yo con tan heroica perseverancia de arteras celadas y acechos pertinaces! ¡Para esto me he mostrado insensible a todas las tiernas miradas y he permanecido indiferente a todos los ternísimos suspiros! Yo, que no he querido engendrar hijos propios, ¿he de sufrir las impertinencias de los ajenos? No, en mis días... ni en mis noches. Me quejaré al casero para que ponga en la calle a Pepín y a toda su casta. Porque lo que es yo no me muevo. Yo, en medio de todo, soy un sentimental, y me dolería mucho dejar estas cuatro paredes entre las que tanto ha que vivo y vive conmigo tanto recuerdo...

No ha sido menester que interviniese el propietario: Pepín ya no es vecino mío; Pepín...

Veréis: Pepín, no era sólo un diablillo; era, además, un diablillo muy goloso. Y así, el día de su santo decidió consagrarse al Patriarca de la vara florida con plegarias de confites y jaculatorias de bizcochos; y ello fué en tal medida, que, no cabiendo en la tripita de Pepín, bizcochos y confites se le subieron a la cabeza, y...

Los últimos gritos de Pepín los oí hace dos noches. Eran unos gritos desgarradores, unos gritos angustiosos, unos des-

esperados gritos de agonía: ¡los gritos, los terribles gritos que la meningitis arranca a los niños al inflamar sus cerebros!

...Esta tarde he visto salir a Pepín; pero no iba, como otras tardes, saltarín y gorgieante: iba encerradito en una pequeña caja blanca, que se ha llevado un cochete, blanco también...

¿Queréis creerlo? ¡Creeréis que el solterón impenitente, el comodón egoísta,

## EL POETA MIGUEL COSTA

QUIERO interrumpir, pasajeramente, mis impresiones de caminante, para dedicar mi conversación de hoy al poeta que acaba de morir, ya que las circunstancias de su producción le apartaron de la nombradía vulgar fuera de las tierras catalanas. Me refiero a Miguel Costa y Llovera.

Me es imposible separar de su recuerdo el de mi propia iniciación en la vida espiritual. Mis primeras vibraciones fueron suscitadas por las poesías juveniles de Costa. Una de ellas, singularmente, ha adquirido para los mallorquines, un valor semejante al del *Guernikako Arbola*. Es *El Pi de Tormentor*. Las tres traducciones castellanas que de él conozco (una de ellas del propio autor) no alcanzan a transfundir su emoción comunicativa y honda. Sobre la costa septentrional de la isla de Mallorca, en los acantilados bravíos que hunde el mar, socavados de grutas maravillosas y coronados por el vuelo de los buitres, un pino simbólico tiende al huracán su cabellera. El poeta, penetrado ya de su estro religioso, bañado en unciones sacerdotales, descubre en el árbol de las alturas la imagen del genio, ávidamente inclinado sobre el infinito. Esa poesía apareció como una revelación de ocultas e insospechadas potencias en el alma de la multitud. El pueblo, al oírlo, sintió el contagio de la divina llama; despertó en él su participación de eternidad; sintióse iniciado a una vida noble que ignoraba; moduló, a su modo, un *anch'io son poeta*... Esa virtud infusa es lo que comunica a las composiciones su destello de inmortalidad, porque hace extensiva a todo un grupo humano la cualidad de autor, como si ellas brotasen de las fuentes de la raza. ¿Qué otra cosa es la popularidad?

Desde entonces esa poesía fué una especie de *mito conductor* para los instintos colectivos todavía rudimentarios y soñolientos; fué algo como un himno nacional que envolvía alusiones simbólicas, cuya oscuridad las hacía más religiosas y venerandas. Así ha nacido ya el despertar de dos generaciones.

La inspiración de Costa apareció con singular oportunidad, porque fué una reacción contra el arcaísmo de los Juegos florales y el ruralismo infantil del primer Renacimiento catalán. En ella se juntaban esos dos elementos dispersos: el sentido patricio de la forma y el arraigo en la sentimentalidad popular. Los espíritus selectos vieron en ella una elevación de la imagen, del sentimiento y del ritmo sobre la frialdad de la poesía erudita y tendenciosa; y el pueblo descubrió a través de ella la capacidad de nobleza del propio lenguaje, caído en las pobreza de la forma dialectal y plebeya. Había un gran vigor de vuelo en aquellas estrofas, tan adecuadas a la armonía interior del asunto. Irradiaba de ellas el fuego inconfundible.

Otra de las poesías juveniles de Costa alcanzó también esa forma de coronación. Es la titulada *L'harpa*. Su valor

simbólico es ya más internacional. En el castillo gótico, el arpa de los reyes duerme. La princesa, al retornar con su vida madre al palacio, hace vibrar de nuevo en sus manos delicadas las antiguas cuerdas; y retornan las olvidadas melodías «como nacieron aleteando los pájaros entre las manos purísimas de la aurora». Pero... ¿hasta cuándo, hasta cuándo duró el sonido del arpa? En el corazón del pueblo, esa alegoría hizo vibrar también dormidos arpegios; y en la figura de la princesa tomó personificación el idioma nativo, arpa venerable que el poeta estremecía como si sus cuerdas arrastrasen en la común entraña maternal...

La segunda estrofa de *L'harpa* recuerda excesivamente una conocida rima de Bécquer. El resto de esas poesías primaverales de Costa no desmiente tampoco su filiación romántica. La amplitud de imágenes revela hondas lecturas bíblicas y muestra el cuño magistral de Víctor Hugo; la amorosa delectación descriptiva o naturalista, unida a la ultravisión de la presencia divina, lo que llamaríamos *unción religiosa del paisaje*, sugiere a Leconte de Lisle.

Costa no se aparta, en esa primera forma, del carácter común a las primeras generaciones del renacimiento de la literatura catalana; pero confirma las cualidades de lo que se ha llamado escuela mallorquina, cuya primera plasmación se debe, sobre todo, a Mariano Aguiló. Esas cualidades se concentran en el afán de una escrupulosa pulcritud de la forma. Relativamente al romanticismo traidicionista catalán, la escuela mallorquina es una especie de parnasismo. Y precisamente en Miguel Costa, por las razones que voy a exponer, esa evolución parnasiana es más clara y comprensible.

Costa, que sintió desde muy joven la vocación sacerdotal, permaneció unos años en Roma estudiando teología. Pudo sentir, pues, sobre su alma romántica aquella misma renovación que sintió Goethe en Italia. Las aguas del Tíber tienen la virtud de un nuevo bautismo. Esa nueva inspiración le penetró. Pero fué una luz doble la que el poeta encontró en la tierra clásica: luz de Horacio y de Prudencio; de Carducci y de Manzoni; aceite de los olivos de Atica y óleo de las lámparas del sagrario. El parnasismo de Costa no tuvo aquella impasibilidad objetiva que mantiene ausente de su obra al poeta, como absorbido en la divinidad solitaria de su evocación. Costa hizo del paisaje una apariencia externa de Dios; dió a las cosas una potencia mística, tras de la cual se muestra siempre la presencia inmutable. Véase, como típica en este punto, su poesía *Adorant*; recuérdese ya entre las de la primera época, el momento de transfiguración o Tabor de la naturaleza en su *Temporal*; recuérdese el anhelante vuelo de *Damunt l'altura*.

La influencia de Italia en la producción de Costa se reflejó en el libro de sus *Liricas*, que constituyen su producción poética castellana. Poesía verdaderamente patricia, pero no artificial ni retórica; henchida de compenetración. La mejor

poesía de ese volumen es la consagrada a *Las Catacumbas*; no conozco superior aclimatación castellana de la estrofa de Prudencio y de los himnos cristianos, italianizada por Manzoni. La naturaleza del asunto se adaptaba admirablemente a la inspiración genuina de Costa, porque juntaba la mayor exaltación del cristianismo a la grandeza del solar clásico.

En la producción catalana del poeta, otro libro señaló, más tarde, la huella pagana. Me refiero a las *Horaciones*. La primera de ellas pertenece a la juventud de Costa, y mereció ser incluida con elogio excepcional en el libro de Menéndez Pelayo, *Horacio en España*. Todo el volumen desborda una fuerte y profunda comprensión. En otro aspecto, señala un gran esfuerzo de trasplantación catalana de los metros clásicos.

Quedan otros dos volúmenes poéticos en la producción de Costa. Representan su evolución épica, indudablemente inferior a su manera lírica, porque Costa fué un temperamento muy subjetivo, como todos los que tienden a la contemplación mística, en que las cosas son meros intermediarios entre poeta y divinidad.

La primera de esas dos colecciones, titulada *De l'agré de la terra*, es una reconstrucción histórica, sugerida por los sitios familiares al poeta, como si se la hubiese dictado el *genius loci*. También hay en ellas algún esfuerzo de modernización de antiguos metros, como la *codo-lada*, que hasta entonces había servido de molde únicamente a la inspiración plebeyana. La influencia de Mistral es bien visible en esas composiciones, que muestran a veces algún rasgo pueril, muy propio de la vida cándida y austera del poeta. Más que el valor narrativo, lo que resur-

ge en ellas es el descriptivo, la animación del paisaje, como si la historia fuese una emanación o fragancia de las cosas mismas. Carecen de formidable aliento humano; pero las sentimos palpitantes con los latidos mismos del poeta. Siempre fué Costa un hijo amoroso de su bello rincón nativo, esa pequeña villa de Pollensa, a un tiempo montañesa y marina, a cuyo encanto de apartada soledad paradisíaca alude en su poesía *La vall*, que recuerda al *Beatus ille* y a su transcriptor castellano Fray Luis de León.

Lo más alto de la producción épica de Costa es el poema *La deixa del geni grec*. En él quiso exaltar el valor clásico de su propia escuela mallorquina. Homero, como su héroe Ulises, llega a la isla en uno de sus viajes, y olvida en la gruta de Artá su lira taumabúrgica. Mallorca, a través de esa estilización, parece una Calipso añorante, que atisba sobre un promontorio la reaparición del aedo, y ensaya sobre las cuerdas de la lira olvidada las melodías que le oyó cantar y de que sólo le quedan vagas reminiscencias... Ya señaló mi gran amigo Juan Alcover el rastro de Leconte de Lisle en la gestación de ese poema.

La colección de menos valía, en la obra de Costa, es la que reunió con el nombre de *Traditions i fantasies*. Son antiguas leyendas populares, casi todas ellas de índole religiosa, transfundidas al caudal de los Ejemplarios. Pertenecen al género de las que intentan conmover la sentimentalidad ingenua con el terror de castigos misteriosos y apariciones fulminadoras. Flota sobre ellas una infantilidad piadosa, de alma blanca. No siempre la imagen es feliz. Costa, espíritu puramente lírico, nativamente ingenuo, no tenía la facultad de sugerir lo horrible. Sus esfuerzos, en ese aspecto, recuerdan las escenas de un pintor de ex-votos, o las fantasías de infierno de un primitivo.

Costa ha tenido una muerte escénica y dulce. Predicando en un convento de monjas el sermón de Santa Teresa, cayó súbitamente, fulgurado. Dícese que en aquel momento evocaba ante el auditorio el desmayo místico de la Santa. ¿Hubo una misteriosa compenetración entre lo evocado y la propia dolencia, a manera de supremo contagio? Costa, predestina-

do a esta fusión directa con la divinidad que siempre se esforzó en cantar, a ese abismarse en la luz suprema, habrá tenido, como Teresa de Jesús, su transverberación.

Gabriel ALOMAR

¿Suele bajar la luz y está usted medio a oscuras en su casa? Le conviene surtirle pronto con el voltaje adecuado de la inmejorable lámpara Tungstram (país de origen, Hungría), famosa en todo el mundo, y estará usted encantado de la vida. **LAMPARA TUNGSTRAM, Montera, 10,** teléfono 39-49 M., y en los principales establecimientos de electricidad.

## EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—Madrid.

Librería, Caballero de Gracia, 28.

### Últimas novedades:

*El Caballero Andaz*: LO QUE SÉ POR MI (6.ª serie), 5 pesetas.

*Hernández Cid*: PELAYO GONZALEZ (novela), 6.ª y definitiva edición. 5 pesetas.

*Antigüedad*: EL LADRON HIDALGO (nuevas aventuras de Pedro Moro), 3 pesetas.

*Lady Flowers*: LA HERMOSURA POR LA HIGIENE (libro de gran utilidad para las señoras), 4 pesetas.

*Kant*: EL PERRO DE SIR JHON KNITT (novela), 1 peseta.

### Libros recientes:

*Verona*: MIMI BLUETTE (novela), 5 pesetas.

*G. Carrillo*: EL EVANGELIO DEL AMOR (novela), 5 pesetas.

*Oleza*: ABD-EL-KRIM Y LOS PRISIONEROS, 4 pesetas.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

# "Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá esquina a Barquillo.  
Se admiten suscripciones y anuncios.

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ

De venta en farmacias

## AGUAS DEL INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc.

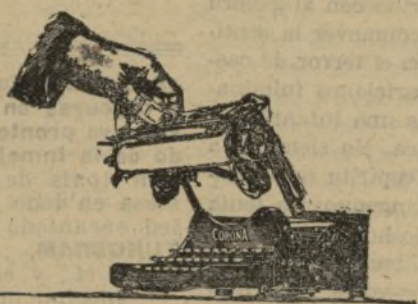
Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

== BÓVEDA (LUGO) ==

# CORONA

La máquina de escribir perfecta

Se dobla como  
un libro



Sólo cuesta  
500 pesetas

Fabricada por Corona Typewriter C.<sup>a</sup> Groton  
GASTONORGE C. A.—Sevilla, 16.—MADRID

## ODEON

es y será siempre la marca de DISCOS  
que ofrezca mayores novedades.  
Todos los grandes artistas colaboran  
en ella, y su repertorio reúne todos los  
géneros.

Ventas  
a plazos  
con  
precios  
de  
contado.



Envíos  
a  
provincias  
Aparatos  
con  
botina  
o sin ella.

Pida usted catálogo y condiciones a  
ODEÓN—Preciados, 1—MADRID

Droguería, Perfumería, Colores  
**FLORENTINO PEREZ (S. en C.)**  
SUCESESORES DE EDUARDO DIAZ HERRERA  
Primera casa en barnices, esmaltes  
y purpurinas de todas clases  
Hortaleza, 17—Madrid—Teléfono 1038 M.

**LADRILLOS REFRACTARIOS**  
**TUBERIA DE GRES**  
Fábrica: PACIFICO, 12  
TELEFONO M 17-65

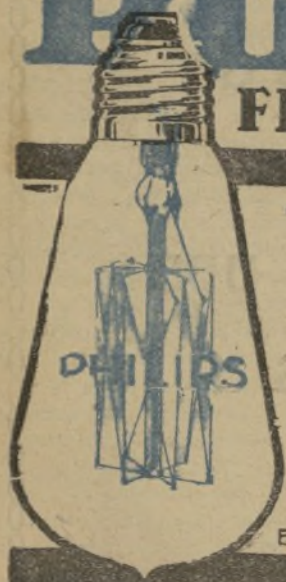
**TURBINAS**  
para cualquier salto y caudal.—Etablisse-  
ments Benninger, Uzwil (Suiza). Pídanse  
presupuestos gratis a Oficina Técnica  
«Promotor» (S. A.)  
VALVERDE, 20.—MADRID

**MANUEL LOPEZ**  
FABRICANTE DE MUEBLES  
SERRANO, 17  
AYALA, 60

**MOTOCICLETAS** ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MO-  
TOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES  
**ALVAREZ HERMANOS**  
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

# PHILIPS

## FILAMENTO METÁLICO



CONSTRUCCIÓN NUEVA Y MÁS MODERNA

LOS GANCHITOS QUE SOSTIENEN  
LOS FILAMENTOS SON FINOS Y FLE-  
XIBLES, LO MISMO LOS DE ARRIBA  
(EN OTRAS MARCAS SON RÍGIDOS),  
COMO LOS DE ABAJO, PARA AMORTI-  
GUAR LOS GOLPES Y TREPIDACIONES

**DOBLE DURACION**

Exijan marca PHILIPS sobre el cristal De venta en todas partes

Al por mayor:

**ADOLFO HIELSCHER, Soed. Anón. MATERIAL ELECTRICO**

MADRID: Prado, 30, y San Agustín, 2.—BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

Ayuntamiento de Madrid



## Carlos Coppel

fábrica de relojes.

Fuencarral, 27—Madrid

Cada reloj, acompaña  
certificado de garantía.

# CALLOS

No se lamente usted de  
tener sus pies destroza-  
dos. No achaque a sus ca-  
llos lo que sólo es obra  
de su incuria. El que tiene  
la cara sucia es porque no  
se lava. El que tiene ca-  
llos, juanetes, ojos de ga-  
llo o durezas es porque  
no usa el patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa  
totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.—Por correo, 2 ptas.

**FARMACIA PUERTO**

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

